

El ruido y las nueces

Posted on 18 de diciembre de 2013 by Julio Aramberri

A pesar de su tono lapidario y a menudo jaquetón, este libro parece haber sido escrito por alguien notablemente inseguro. Molinas hace a menudo gala de modestia y el libro está salpicado de modosos avisos al lector: éste «no es un libro de filosofía» (p. 20), «no es un libro de historia militar» (p. 43), «no es un libro de bioética» (p. 100), «no es un libro sobre la globalización» (p. 108), «no es un libro de historia de España» (p. 146), y así muchas otras cosas que el libro tampoco es. Pero aquí no hay modestia porque, a pesar de lo dicho, el autor entra a saco en todas y cada una de esas materias y escribe libritos sumarios en cada capítulo. ¿Cómo explicarse que un escritor presuntamente consciente de sus limitaciones se alargue a hablar de cosas que, evidentemente, conoce a medias, o no conoce? Está claro que los listones, en España, siguen estando bastante bajos. Molinas sabe que, diga lo que diga, casi nadie va a venirle con melindres. El ejemplar de su libro que tengo en mis manos es de la segunda edición. La anterior se había agotado en unos pocos días. Un éxito anunciado.

El caso es que un manifiesto arbitrista sobre la situación económica, política y moral de la España actual asume la forma desconcertante y excesiva de una interpretación de la historia y de la Historia. La historia (caja baja), dice Molinas, son los acontecimientos relevantes para una colectividad a lo largo del tiempo. La Historia (caja alta), que es el proceso por el que la humanidad ha construido una civilización igualitaria y no trascendente, ha llegado a su fin.

Los cinco primeros capítulos, que son la mitad del libro, narran retazos de una larga marcha desde los prehomínidos hasta los desafíos del mundo actual. Tarea ingrata, cree Molinas, aunque necesaria para una a modo de prospectiva, es decir, para explicar por qué las suyas son las únicas soluciones posibles para las adversidades del presente.

Molinas ha leído algunos de los superventas académicos recientes, y tal vez, a tal cual pensador clásico. Libre de ataduras, va derecho al grano: «a pesar de [su] diversidad, todos los filósofos mencionados [en el libro], a su manera, aciertan» (p. 63). Lo que cuenta, pues, no son sus argumentos o sus incómodas discrepancias mutuas, sino esos nombres que deja caer –Hegel, Habermas, Fukuyama, Bobbitt, Holland, Israel, Acemoglu y Robinson, y no muchos más– para impresionar a quienes tampoco piensan leerlos. Y con este gambito de ignorancias trabadas, Molinas se arranca finalmente a sostener, sin descomponer la figura, tesis enjundiosas como que, en un horizonte de tres generaciones, «el concepto de "ser humano" cambiará mucho» (p. 13), dicho lo cual enfila los achaques de que adolece el solar patrio y se dispone a resolverlos en un pispás. La invitación a Davos se la gana uno a pulso.

Por su liviano optimismo, Davos es la primera asociación que viene a las mientes tras leer esos cinco primeros capítulos de prospectiva. La Historia (caja alta), dice Molinas, ha llegado a su definitivo fin porque no existen alternativas satisfactorias a los principios de la Ilustración radical (*liberté, égalité, fraternité*, recuerda en francés a quien los ignore) que fundan el Estado liberal democrático. Ni la ingeniería genética unida a «los implantes aumentadores de la percepción y de las posibilidades físicas de los individuos –chips de Internet en el cerebro, por ejemplo» (p. 101), ni una posible guerra global van a resquebrajar ese marco. La primera, si acaso, ampliaría, para mejorarlos, los márgenes de lo que actualmente llamamos especie humana. Ya lo dijo Peter Singer. Con la bomba nuclear, que ejerce una fuerte presión para el mantenimiento del actual *statu quo*, «la guerra ha entrado, por fin, en el mundo post-Histórico» (p. 107); es decir, se ha hecho imposible. En economía, la globalización es «un proceso imparable» cuyos efectos negativos sobre algunos colectivos sólo pueden evitarse mejorando el capital humano para crear productos y servicios cada vez más sofisticados. «La escalada militar que forjó la Historia ha mutado en la post-Historia a una escalada de capital humano y de talento» (p. 110). Todo lo cual, a su vez, acarreará cambios profundos en la legitimación de los Estados. Los ciudadanos reclamarán menos subsidios públicos y más oportunidades para perseguir por sí mismos lo que crean más conveniente.

El optimismo es una actitud encomiable, pues nos hace más felices, anima al pensamiento positivo y refuerza el sistema inmunológico. Pero cuando se desata, no repara en distinguir los deseos de los sucesos. Uno puede entender, y aun apreciar, las ventajas que se derivan de contar con un Estado democrático o los beneficios de la globalización capitalista. Pero sólo

los alocados pretenden que la democracia, la paz y el bienestar económico estén garantizados porque son deseables en sí mismos. En el mundo feliz de Molinas no caben ni la crisis económica actual; ni los serios riesgos de guerra derivados de la proliferación nuclear; ni la creciente ineficacia y consiguiente deslegitimación de los regímenes democráticos: están excluidas por definición. Un ejemplo, entre muchos: «Quizá el futuro más seguro para todo el mundo pasaría por acabar aceptando un Irán nuclear que garantice la supervivencia de la elite extractiva iraní en un sistema de disuasión mutua con el Estado de Israel» (p. 105). Conclusión que sigue a la observación de unas líneas más arriba de que esas elites extractivas «podrían impulsar un resurgir nacionalista apoyado en el arsenal nuclear para defenderse» (p. 104). En definitiva, aquí y en general, Molinas no le da muchas vueltas a la cosa y se adhiere a ideas simples respaldadas por citas ocasionales de autoridades. Y con esas inciertas alforjas se siente ya pertrechado para el viaje que de verdad le interesa: ¿qué hacer con España?

El lector indulgente que no ha arrumbado el libro tras esos cinco capítulos iniciales, tan prescindibles, se encontrará con una sorpresa en los siguientes. La jerga, bien sobada, de nuestros políticos y periodistas coincide en que la restauración monárquica y democrática –la «marca España», suelen abreviar– ha encarrilado definitivamente al país. La crisis económica ha creado luego problemas serios, para los que hay diferentes soluciones de partido, pero las instituciones son fuertes y su legitimidad firme. Molinas, por su parte, quiere salir de ese laberinto.

España está atenazada por una gran crisis económica, política y moral. Los datos de déficit público, de deuda y de paro son sobrecogedores. La actividad económica no se recuperará hasta que las economías occidentales salgan de la crisis y, aun entonces, tardará mucho en volver a un crecimiento satisfactorio. «El régimen político surgido de la Constitución de 1978 está perdiendo legitimidad a chorros, aunque sus instituciones representativas sean impecablemente democráticas» (p. 199). La existencia misma de la nación está en duda, porque territorios como Cataluña no reciben la atención que merecen, pero, sobre todo, por el cantonalismo y el despilfarro autonómicos. Hay una absoluta falta de control sobre los partidos políticos. Los llamados interlocutores sociales (sindicatos y patronal) tienen un implícito veto sobre la política social, lo que impide la reforma del régimen de pensiones y del mercado de trabajo. «En España la burbuja ha corrompido a las Administraciones públicas, muy particularmente a las territoriales […] ha corrompido a los partidos sin distinción de credo; […] y ha potenciado un sobredimensionamiento del Estado que ahora resulta financieramente insostenible» (p. 203). Así se forja un clima de degradación ética con efectos devastadores sobre la moral colectiva.

Siempre optimista, Molinas tranquiliza al lector. La situación es crítica, pero no desesperada,

y ahí va ensartando un centón de reformas estructurales para resolver todos los problemas: reforma de los partidos; una ley electoral de base mayoritaria; acabar con las subvenciones a los agentes sociales y limitar su protagonismo; un Tribunal de Cuentas independiente; reforma de la justicia, de las pensiones, de la vivienda y del mercado laboral. En su futurología, la renovación de educación e investigación será lo fundamental, así que propone un Plan Marshall para levantarlas. La invitación a Davos de seguro que está ya en el correo.

Más arriba he llamado arbitrista a Molinas. María Moliner define al arbitrista como una persona que imagina sistemas que cree infalibles, pero que carecen de fundamento sólido. No sé si los sistemas que Molinas imagina son infalibles, pero entre sus propuestas hay algunas muy sensatas. Incluso lo del plan Marshall no resultaría descabellado. Entre 1948 y 1951 el plan de reconstrucción europea ascendió a unos doce millardos de dólares de la época, equivalentes a unos 85-90 millardos de euros de hoy. El PIB de España en 2012 llegó a 1,35 billones de euros, luego dedicar durante cuatro años un 0,25% anual extra a educación e investigación no tendría que ser imposible.

Pero lo que convierte a Molinas en un arbitrista digno del apelativo es lo del fundamento sólido. Para librarnos de la kryptonita, lo primero que se le ocurre es aconsejar que se movilice la sociedad civil, aunque todos sepamos que eso no significa mucho más que recomendar que llueva en tiempos de sequía. La sociedad civil es un magma de movimientos impredecibles. Lo segundo demuestra que Molinas no sabe cómo salir de su laberinto. Hay que volver a la Transición, dice, pues por entonces la crisis era también muy profunda, pero había un deseo compartido de ofrecer a los españoles un proyecto de futuro (democracia e integración en Europa). Un triunfo de la voluntad que se echa en falta hoy. Por ahí Molinas vuelve al laberinto del que decía querer salir. Su ruptura inicial con la monserga de la «marca España» no era más que un mohín. Pues, ¿acaso el fruto máximo de la Transición fue otro que la democracia corporativista de la constitución de 1978? ¿De dónde, si no, salieron un sistema electoral sesgado, las autonomías cantonalistas, los partidos y sindicatos subvencionados, las administraciones faraónicas, un poder judicial politizado y todas esas otras cosas que impiden llevar a cabo las reformas políticas y sociales que el país necesita si quiere salir de las tres crisis con que empezaba Molinas?

A mi manera, yo también soy optimista. Cuando amigos y allegados se hunden en la miseria y dicen aquello de «No podemos estar peor», yo les reconforto con un «Yes, we can».

Julio Aramberri es profesor visitante en DUFE (Dongbei University of Finance & Economics), en Dalian (China).

Autor: César Molinas

Edicion: Barcelona, Destino, 2013

Paginas: 302 pp. 18,50 €

Titulo: Qué hacer con España. Del capitalismo castizo a la refundación de un país